



Capítulo 224 - El presagio de la tormenta

Un trueno rugió en el horizonte, sus ecos resonaron en los cielos oscurecidos como los tambores de un presagio inevitable. Densas y pesadas nubes se acumularon sobre la Ciudad Eterna, oscureciendo la luz de la luna y las estrellas. La atmósfera opresiva se cernía sobre el Vaticano, como si una entidad invisible hubiera proyectado su sombra sobre ese suelo sagrado.

El Papa Adriano observaba cómo se formaba la tormenta desde la ventana de su aposento privado. Sus dedos recorrían lentamente las páginas de un libro antiguo, cuyas escrituras ancestrales brillaban con un brillo dorado bajo la tenue luz de la habitación. Pero por mucho que intentara concentrarse, algo lo inquietaba.

Era una sensación fría y vacía. Una profunda inquietud que le roía el alma.

No podía explicar exactamente por qué, pero... esa noche, más que nunca, sentía como si Dios hubiera desviado su mirada.

El silencio fue roto por una voz tranquila, aunque tenía un peso subyacente.

—Su Santidad, debería descansar. —Adrián no necesitó darse la vuelta para reconocer la figura apoyada en la puerta.

Alexander. Siempre atento, siempre presente, como una sombra que nunca se desvanecía. Su sonrisa era cortés, pero había algo oculto tras ella.





—Ah... no me asustes así —suspiró el Papa, cerrando el libro con la mirada fija en el paisaje amenazador mientras continuaba—: No puedo permitirme el lujo de descansar.

Sus dedos tamborilearon suavemente sobre la tapa del libro, haciéndolo brillar una vez más en oro antes de caer inerte.

—Los demás generales... ¿dónde están? —preguntó.

Alejandro dudó un breve momento antes de responder, como si eligiera cuidadosamente sus palabras.

Lariet está en Rumania. Intentando... establecer contacto con los vampiros.

Adrián permaneció en silencio, pero su mirada se hizo aún más penetrante.

"¿Y Gordon?" preguntó.

El tono de Alexander se volvió casi sombrío cuando respondió: "Como se le ordenó, fue a verificar... ese proyecto".

Al mencionarlo, el aire en la habitación se volvió más frío.

El Papa entrelazó los dedos, apoyando la barbilla en las manos mientras reflexionaba sobre la respuesta.

"¿Hay algún informe de fallo?"





Alexander mantuvo su mirada en el suelo por un instante antes de volver a mirar hacia arriba.

—No, Su Santidad —dijo con una sonrisa desprovista de calidez—. El plan marcha exactamente como estaba previsto.

Afuera, un rayo violeta atravesó el cielo.

Y por primera vez esa noche... Adrián sintió miedo.

iiiBOOOOOOOM!!!

El cielo se desgarró como si una entidad profana se hubiera abierto paso en el mundo de los hombres. La luz de la luna fue aniquilada por una oscuridad que lo absorbía todo, engullida por una vorágine de sombras y energía demoníaca. Relámpagos negros y carmesí atravesaron los cielos como espadas de odio puro, extendiéndose en todas direcciones.



Una presencia asfixiante descendió sobre el Vaticano como un veneno invisible, filtrándose en huesos, corazones y almas por igual.

Adrian sintió la presión... No era como aquella mujer, Zafiro, pero había algo aún más aterrador en esto. Una fuerza que no solo dominaba... aplastaba.

Sus ojos se dirigieron hacia la ventana.

Y lo vio.

Allí, flotando sobre los cielos del Vaticano, se encontraba un hombre en el epicentro del caos.



Su manto oscuro ondeaba con los violentos vientos que lo rodeaban. Sus ojos eran dos abismos escarlata, brillando como faros de condenación. Sus enormes alas negras, infinitas como la noche misma, se extendían como un eclipse viviente, bloqueando cualquier vestigio de luz divina. No parecía un simple ser...

Parecía un acontecimiento. Una calamidad.

Virgilio había llegado.

¡POLLA!

El primer tañido de la Basílica de San Pedro resonó por toda la ciudad.

En ese momento, la realidad misma se distorsionó. Una barrera invisible envolvió el Vaticano, separándolo del resto del mundo. Los cielos temblaron. El tiempo pareció vacilar.



El juicio había comenzado.

¡POLLA!

Los fieles alzaron la vista, con las oraciones ahogadas. Algunos cayeron de rodillas, con lágrimas corriendo por sus pálidos rostros.

¡POLLA!



Los sacerdotes aferraban sus rosarios, murmurando oraciones frenéticas como si trataran de protegerse de una plaga implacable.

¡POLLA!

Los cardenales intercambiaron miradas aterrorizadas, con los ojos abiertos y el sudor corriéndoles por la frente. El terror los consumió antes de siquiera comprender lo que les aguardaba.

¡POLLA!

La puerta de la cámara papal explotó hacia dentro, arrojada con una fuerza sobrenatural.

Gordon entró corriendo, empapado en sudor y con los ojos abiertos de puro miedo. Cayó de rodillas al suelo, respirando con dificultad y con el pecho subiendo y bajando desesperado.



"¡iS-Santidad!!!"

El Papa no respondió de inmediato. Sus ojos permanecieron fijos en la ventana, observando al ser demoníaco que flotaba en el cielo, como si estuviera cazando a su presa.

Afuera, el viento aullaba. La oscuridad se hizo más profunda.

—¿Qué pasó? —La voz de Adrián sonó tensa, casi un susurro, como si intentara negar la realidad misma.

Gordon tragó saliva con fuerza, temblando.



"Zex e Iridia desertaron... Encontraron parte de los experimentos." Silencio. Adrian sintió un escalofrío en la espalda.

Pero antes de que pudiera reaccionar...

"Te encontré."

La voz llegó tan cerca que congeló el aire en los pulmones de todos.

Y entonces, increíblemente, él estaba allí.

Vergil, sentado casualmente en la espalda de Gordon, como si se estuviera poniendo cómodo en un trono improvisado.

Gordon, todavía arrodillado, fue obligado a ponerse a cuatro patas, con la respiración entrecortada al sentir el peso abrumador sobre él.

Los ojos de Alejandro se abrieron de par en par. El Papa finalmente giró la cabeza lentamente para encarar al intruso.

"¿Hablamos?"

Virgilio sonrió. Una sonrisa aguda. Una sonrisa depredadora.

El Papa retrocedió involuntariamente. Sus instintos le gritaban que huyera, que se distanciara de la criatura que tenía delante.





A diferencia de Zafiro... este hombre...

—Lucifer. —Su voz temblaba, casi un susurro.

Vergil se rió, un sonido bajo y divertido, pero lleno de algo indescriptible.

—Oh... alguien hizo su tarea. —Ladeó la cabeza, con los ojos brillantes de puro entretenimiento—. No hace tanto, y ya sabes mi nuevo nombre...

Vergil Lucifer, El Cuarto Rey Demonio.

Gordon sintió que su cuerpo se congelaba, cada músculo paralizado por el terror absoluto que lo consumía. El corazón le latía con fuerza en el pecho, y aun así, sentía como si la sangre le hubiera abandonado el rostro.

—¡Cuarto Rey Demonio! —balbució Gordon, sintiendo el peso aplastante de esa simple declaración.

Vergil se levantó tranquilamente de la espalda de Gordon, como si se estirara tras un descanso reparador. Entonces, sin previo aviso, giró el cuerpo y asestó una patada devastadora.

El impacto fue brutal.

El sonido de los huesos de Gordon al romperse quedó ahogado por el estruendo ensordecedor de la pared al astillarse. Su cuerpo salió despedido como un proyectil, destrozando la estructura con violencia, rompiendo columnas y agrietando el suelo a su paso. Cada vez que impactaba contra una nueva superficie, la destrucción se extendía como una ola.





Cuando finalmente se detuvo, enterrado entre los escombros, lo único que se pudo oír fue el eco del impacto y el polvo asentándose en el aire pesado del Vaticano.

—Ahora que el payaso está fuera de combate, hablemos. —Vergil se dejó caer en una silla ornamentada, cruzando las piernas con elegancia, como si simplemente disfrutara de la vista.

Apoyó la barbilla en su mano y sonrió, con una sonrisa aguda y depredadora.

—Entonces, dime... ¿cómo vamos a resolver esto?

¿Resolver? ¡¿Qué hay que resolver?! ¡No hemos hecho nada! —Alexander dio un paso al frente, con la voz llena de nerviosismo.

Vergil ni siquiera lo miró. Simplemente levantó una ceja y murmuró con desdén:

"Cállate. Estoy hablando con tu jefe, cachorro."

La humillación ardía en la mirada de Alejandro, pero no se atrevió a responder.

Por otro lado, Adrián se mantuvo firme.

—No te he hecho nada, Rey Demonio. —Su voz era serena, pero tenía un peso calculado.

Virgilio se rió. Una risa baja, casi divertida.





—Ah, sí... ¿Enviar a esos dos a robarme y matarme no fue nada? Bueno, da igual. Ya no importan. Me encargaré de ellos, porque a diferencia de ti, yo honro mis creencias.

Su mirada se volvió hacia Adrián y el aire en la habitación pareció volverse más denso.

"Ahora, ¿qué tal si explicas por qué..."

Sus ojos brillaban de un rojo amenazante.

¿Se están utilizando niños como experimentos?

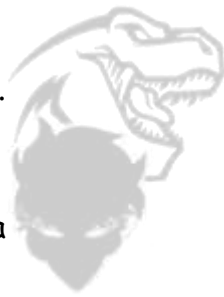
El silencio que siguió fue más asfixiante que cualquier grito de desesperación.

Vergil suspiró, inclinando la cabeza hacia un lado, como si estuviera decepcionado.

—Ah, claro... el fin justifica los medios. ¿Por qué debería esperar que te expliques antes de masacrar a todos los fieles en tu miserable mundo? —Su voz estaba cargada de sarcasmo, pero su aura decía lo contrario.

La presión a su alrededor empezó a crecer, pesada, sofocante. El aire titilaba, como si el espacio mismo se retorciera ante su presencia.

Pero antes de que pudiera dar el siguiente paso, algo llegó rápidamente: una patada devastadora, tan violenta que hizo temblar toda la habitación.





Vergil levantó el brazo, bloqueando el golpe en el último instante. Sin embargo, el impacto fue tan brutal que la pared detrás de él simplemente explotó.

iiiBUUUUUUU!!!

Virgilio fue arrojado fuera del edificio, estrellándose contra escombros y columnas, hasta que aterrizó en el aire, flotando sobre el Vaticano como si nada hubiera sucedido.

Entre el polvo y los escombros, una figura emergió de la abertura destrozada.

Alejandro.

Hizo girar una bayoneta entre sus dedos, su mirada feroz y llena de furia.

—Oye, hijo de puta... Inclínate cuando hables con Su Santidad. —La amenaza rezumaba arrogancia, su tono rezumaba veneno—. Zafiro no está aquí para protegerte, cachorro.

Normalmente, Vergil se habría reído. Se habría burlado, habría jugado con la situación.

Pero algo en sus palabras... algo en ese tono lleno de desdén...

Sus ojos brillaron de un rojo intenso. Su presencia, antes provocativa y relajada, cambió en un instante.

"Repite eso." Su voz salió baja, pero llena de algo primario.



Alexander sonrió, confiado.

—Dije... que tu amante no está aquí para protegerte, bastardo...

No terminó la frase. Porque, antes de que pudiera parpadear, Vergil ya estaba frente a él. Demasiado rápido. Demasiado violento.

El impacto se produjo sin previo aviso.

